

— Que no debe gustarnos demasiado los elogios que nos hagan.

Al decir esto miró de reojo á su prima, la cual pasa, precisamente, por una muchachita á la que no le desagrada que la elogien y que se pavonea cuando oye murmurar en la calle á su paso : « ¡ Qué niña tan hermosa ! » ó « ¡ Qué hermosos cabellos rubios ! »

— ¿ Y tú, Simona ? — le pregunté.

Hizo una mueca ; le disgustaba pronunciar su propia condenación. Fijó sus grandes ojos de muñeca en mí y replicó, perfectamente consciente de lo que envolvía su respuesta :

— Esa fábula prueba que debemos escuchar los elogios aparentando que no los oímos.

He dado un punto á cada uno de ellos. Juan Jacobo me lo hubiera reprobado. Pero á mí no me molesta que un niño francés tenga ingenio.

## CARTA DUODÉCIMA

Una consulta. — Las dos mujeres y los dos hijos del doctor. — Malestar de una pareja de educadores sistemáticos. — Enrique se aburre. — El remedio del colegio. — Examinemos desapasionadamente el problema del internado. — Utilidad de la vida, de la educación en común.

Estos días, querida sobrina, he recibido una carta de nuestro amigo el doctor Bertrand-Tasqué. Con las formas un poco ceremoniosas habituales en él, y con mil excusas, me pide « por favor, que le fije una cita, en su casa, y no en la mía, si no me molesta ; pero el día y la hora que á mí me convengan ».

Y aquí tienes explicado por qué ayer, Pedrito y su institutriz, me encontraron subiendo la hermosa escalera moderna de la casa en la cual los dos departamentos superpuestos del tercero y cuarto pisos están ocupados : el uno por nosotros, Francisca, y el otro por la familia Tasqué.

Algo intrigado llegué y seguidamente me introdujeron en el gabinete del doctor, donde su esposa y él me esperaban con visible impaciencia.

« — Querido amigo — me dijo el marido. — Ni usted ni yo podemos perder tiempo : voy, pues, á entrar inmediatamente en materia, no obstante la digresión aparente de mi exordio.

» Usted sabe que yo me he casado dos veces. Mi primera esposa fué una enfermera, de una gran belleza y extrema juventud, de una virtud perfecta, pero sin una gran curiosidad intelectual. De ella conoce usted una imagen : Silvia, para la cual es usted muy indulgente, aun-

que ella le paga esta indulgencia con una verdadera afección.

« Silvia recuerda de tal manera á su madre en la edad en que yo la conocí que, á veces, cuando entra de improviso en mi despacho, sufro la alucinación de una súbita aparición de mi pobre Cecilia... »

Durante este discurso yo observaba á la segunda M<sup>ma</sup> Bertrand-Tasqué, la rumana Amalia. Estaba impasible, como persona en la cual el espíritu lo domina y disciplina todo y, roto el curso de las ideas, no corre riesgo de turbarlo mezquimos celos póstumos.

El doctor prosiguió :

« — El parecido de Silvia no es físico solamente. Silvia posee el mismo corazón fiel, idéntica igualdad de carácter, de buen grado hubiera mostrado la misma indolencia de espíritu. Sin embargo, ha adquirido el bagaje intelectual ordinario de una joven burguesa.

« Silvia tenía diez años — y yo era viudo desde hacía seis — cuando en la biblioteca de la facultad conocí á mi querida Amalia. Amalia se preparaba para el externado; yo era interno ya. Amalia no poseía la belleza de Cecilia : lo digo en presencia suya porque sé que tiene un corazón muy elevado y un gusto exquisito y mis palabras no han de ofenderle, máxime cuando la comparación de ambas concluye en beneficio suyo. Amalia posee una inteligencia muy lúcida unida á una voluntad firmísima, á una nobilísima inclinación por las ideas puras, por el bien moral, por la ciencia desinteresada. Al unirse á mi, renunció por propio impulso á todo porvenir universitario; pero yo me complazco en proclamar delante de usted, querido amigo, que Amalia ha prestado á todos mis trabajos el más generoso y noble concurso. Ella es el espíritu de mi espíritu y la carne de mi carne... »

Á estas palabras de su marido, el rostro seco, regular é inteligente de Amalia, pareció colorearse ligeramente. Cubrió con los párpados sus ojos negros bastante hermosos; parecióme que le conmovían más estos elogios á su inteligencia que cualquier adulación á su físico.

— « Con una abnegación y ardor admirables — continuó el doctor — Amalia emprendió la empresa de formar de nuevo el espíritu de Silvia. No lo consiguió más que en parte, aunque mi hija ponía, gustosa, de su lado cuanto podía para complacerla. Felizmente nos vino un hijo cuando aún no hacía un año que éramos casados... y en él concentramos nuestra común aspiración : formar, física, moral é intelectualmente un ejemplar de la naturaleza humana tan perfecto como es posible.

« La apasionada sinceridad que pusimos en la obra no la ignora usted. Las cuestiones de educación le interesan; juntos las hemos discutido varias veces. Aunque de acuerdo sobre algunos puntos — particularmente sobre el de que la mala educación de los niños tiene como origen, de cada diez casos nueve, la pereza de los educadores — diferimos en que mi sistema es estrictamente científico, fundado en leyes higiénicas, de psicología, de sociología y usted declara que no tiene una fe absoluta en la aplicación exacta de las ciencias y pone más empirismo y tradición en sus procedimientos.

« ¿Cuál de los dos tiene razón en principio? Todavía no estoy convencido de que la tenga usted. Pero existe un hecho aplastante : nosotros hemos fracasado en la educación de nuestro hijo Enrique. Sentimos mucho respeto por nosotros mismos y por la verdad para intentar engañarnos. Enrique, á los ocho años, está mediocrementemente formado desde todos los puntos de vista. No es robusto; es melancólico, nervioso, sabe mal lo que su madre le ha enseñado á fuerza de paciencia, y, lo que sabe, diríase que lo olvida poco á poco, porque á medida que crece resiste más á la educación. No podemos, literalmente, hacerle trabajar. Nos opone una inercia incoercible; los castigos le originan verdaderas crisis. Su madre y yo comenzamos á desesperar. ¡Y cosa lamentable! Ese niño que nosotros adoramos y al cual hemos consagrado nuestra vida, parece que no nos quiere. Ni Amalia ni yo podemos obtener nada de él á no ser por mediación de su hermana Silvia, en la que ha concentrado toda su afección... »

En este momento vi volverse á M<sup>ma</sup> Bertrand-Tasqué y enjugarse furtivamente los ojos. Esta intelectual trasformada no ha dejado de ser una madre sensible.

« — Tal es el asunto, querido amigo — continuó el doctor. — Después de todas estas reflexiones hemos decidido consultar á usted. ¿Es indiscreto preguntarle lo que haría usted en lugar nuestro? Nosotros no sabemos más.... Hemos agotado nuestra buena voluntad y nuestra facultad de reflexión. Aconséjenos usted. No le prometemos seguir ciegamente su consejo; pero si tenerlo muy en cuenta... »

\* \* \*

Así habló el doctor. Y sin que yo sintiera halagado mi amor propio por la consulta, me conmovió la sinceridad y simplicidad de los que me la hacían. ¡ Hay tan pocos que tengan el valor de decir: « Me he equivocado! » ó « ¡ No sé qué debo hacer! » La estimación que sentía por el matrimonio Tasqué, aumentó.

« — Doctor — le repliqué, — me pone usted en un aprieto. Usted y su señora son dos sabios y acuden á pedir consejo á un ignorante. Admitamos que los consejos de la ignorancia pueden dar materia para reflexionar, pueden servir de « reactivo » intelectual. Unicamente á este título se les presentó y porque ustedes me lo exigen... También he visto no hace mucho á uno de mis amigos, cirujano distinguido, cuya esposa sufría un esguince muscular, recurrir con éxito á un curandero rural.

« Pero antes que el curandero formule la más insignificante opinión ¿quieren permitirme que sepamos juntos la de Silvia, puesto que ella es la que está más enterada del asunto? »

Los dos esposos, un poco sorprendidos, cambiaron una rápida mirada. Sin embargo, llamaron inmediatamente á Silvia y esta acudió en seguida.

Tú conoces, Francisca, á esta encantadora joven, moza ya por el desarrollo y formación de su cuerpo, alta sin ser delgada, de cabellos de oro pálido, de ojos grises, de rostro

alargado, regular, sonriente — una Ofelia alegre, como la llama acertadamente tu marido.

Su exterior es tan seductor y su carácter tan igual, que conquista las simpatías de todo el que la trata sin recurrir á banalidades ni forzar su ingenio. Yo conozco el secreto de su encanto: es de un natural modesto y no tiene ningún deseo de hacerse valer. Los humanos, casi todos deseosos de destacarse y ser admirados, guardan un agradecimiento inconsciente á aquellos de sus semejantes que renuncian deliberadamente á superarles ó eclipsarles.

Silvia entró y me saludó con tímida soltura una de sus gracias. Somos, como tú sabes, muy buenos amigos. Su ingenio me gusta mucho; lo que sabe lo sabe bien; lo que juzga lo juzga por sí misma; en esta época de cotorrería literaria encuentro su quietud intelectual reposada y atrayente.

Interrogada sobre el estado de su hermano respondió simplemente:

— Yo creo que se aburre.

Le instamos á que se explicase. Hizo un gracioso esfuerzo y continuó arrugando su frente ofeliana.

— No es sino aburrimiento. Le disgustan los ejercicios físicos que le obligan á hacer, los balancines, la gimnasia sueca, la francesa. Los libros le causan horror. Sufre crisis de lágrimas cuando le sientan ante su mesa de trabajo; tengo que acariciarle y besarle durante un buen rato antes de obligarle á realizar un esfuerzo por pequeño que sea.

— Eso es una *fobia* — interrumpió M<sup>ma</sup> Tasqué. — Ha tomado tirria á todo lo que le mandamos hacer; ¡ Y Dios sabe con cuanta dulzura se lo pedimos! ¡ Cuánto hemos abdicado de nuestra firmeza de antes!

— En fin — continuó Silvia con esa dulzura obstinada que da tanto valor á lo que afirma — se aburre. Yo no sé decirles otra palabra; pero creo que esta es exacta. Mi hermanito se aburre en compañía nuestra...

— Contigo no, Silvia — corrigió el doctor.

— Sí, sí... conmigo.. lo sé muy bien.

— ¿De verdad? — preguntó M<sup>me</sup> Tasqué con el semblante

iluminado — ¿Crees que también se aburre en compañía tuya?

— Estoy segura.

El doctor se volvió hacia mí haciendo un gesto en el que concordaban el mentón y las manos y que, en todos los idiomas, significa : « Esta es la situación... ¿Qué hacer?... »

Un poco cohibido por las funciones de augur que me atribuía, le dije, lo más modestamente que me fué posible :

— En lugar de ustedes yo metería á ese galopin en el colegio.

Si les hubiera propuesto expedir la « mecha científica » al Alto-Ubanghi con los negros antropófagos ó enviarlo á una colonia penitenciaria hasta que fuera mayor de edad, no creo que se habría reflejado más estupor en los semblantes del matrimonio Tasqué.

— ¡ Al colegio ! — murmuró M<sup>ma</sup> Tasqué — ¡ Esos antros de suciedad, de ignorancia, de depravación !

— ¡ Al colegio á los ocho años ! — repitió el doctor.

Silvia, pensativa, no dijo nada porque desconociendo lo que es un colegio para niños mayores, carecía de opinión sobre el asunto.

— Sí — insistí yo. — Yo mandaría á Enrique al colegio. No crean que me entretengo formulando paradojas. Lo mismo que ustedes no siento admiración por los colegios tal como son. Pero, en primer lugar, no creo que sea indispensable colocar como interno á su hijo...

— ¡ Eso jamás ! — exclamó M<sup>ma</sup> Tasqué casi con violencia.

— ¿ Me permite usted, señora, le recuerde que durante mucho tiempo y hasta muchos años en adelante, la mayoría de los padres franceses no han tenido ni tendrán más medio que el colegio de internos para dar una educación integral á sus hijos. No debemos, pues — á menos de restringir demasiado el privilegio de la educación — rechazar *á priori* la solución del internado. Debemos, más bien, intentar su perfeccionamiento, moralizarlo, adaptarlo.

» Avergoncémonos del internado antiguo, del presente; pero no podremos negar que casi nadie ha muerto ni se volvió

loco y que ese internado ha formado á Dumas hijo, Pasteur, Anatole France, Hervieu, Rostand, etc. Si fuera completamente malo no habría producido más que frutos podridos. Existía, pues, en él algo de pasable y hasta ciertas condiciones bienhechoras.

— La disciplina — interrumpió el doctor.

— Sí. Pero sobre todo, la vida en común. Los animalitos tienen necesidad de ella; muchos perecen en la soledad, que también es nociva para el animal humano. Todos los niños « ordinarios » trabajan, se divierten y se desarrollan mejor en sociedad. Por esta razón, no pudiendo por el momento hacer nada mejor he decidido que Pedro y Simona se eduquen juntos. Aunque ninguno de los dos muestran los signos de laxitud que ofrece Enrique pienso mezclarlos, algún día, á esas sociedades en miniatura que ofrecen las pensiones y colegios.

» Entre los preceptos, mi querido doctor, muy poco numerosos, á que me confío en materia de educación, voy á citarle uno fundamental : la educación debe ser real; es decir, que ha de calcarse en la realidad, aproximarse á la vida, preparar los niños á ser hombres y mujeres vivos y no candidatos á exámenes, fenómenos morales, abstracciones.

Y, el hombre y la mujer ordinarios, viven en sociedad, lo que equivale á chocar con el amor propio, la envidia, la duplicidad de otro, pero también á divertirse con los hechos y gestos de ese otro interesado en la conversación, seducidos por algunos de sus procedimientos afectuosos, aguzados, en fin, por la competencia. Igual le sucede al niño en el colegio. Penas que sufre y placeres que gusta son igualmente preciosos para formarle. Si, con alguna frecuencia, en el internado (sobre todo el internado antiguo) las penas superaron á las alegrías y pagó con un exceso de malas horas la formación humana del colegio, fué debido á la inercia, á la cobardía de los padres que no se preocuparon de elegir y conocer el lugar donde encerraban á sus hijos ni, una vez encerrados, de vigilar su vida en el medio en que se desenvolvían.

— Yo no sabría — objetó M<sup>ma</sup> Bertrand-Tasqué — separarme de mi hijo y confiarlo á personas extrañas en el estado en que se encuentra.

— Tiene usted razón, señora. No conceda á lo que acabo de decir más importancia que á una digresión. Se puede moralizar los colegios de internados, y esto es ya una gran fortuna; porque, durante mucho tiempo, numerosas educaciones serán imposibles sin los colegios de internados. Y esto es lo que quiero dejar sentado en respuesta á su exclamación de horror... El doctor, usted y yo, estamos de acuerdo en apreciar que los colegios de internados es un mal menor. Lo que no es un mal menor, lo que es una formación útil, á la cual no suple una educación estrictamente familiar más que ciertos casos de naturalezas excepcionales, es *la educación de los niños en común*. Note usted que no es indispensable que toda educación, desde la infancia hasta la juventud, se tome en común, ni siquiera que esta educación en común se continúe ni diez meses cada año ni las veinticuatro horas del día. Pero es indispensable que el niño conozca á sus pequeños semejantes; que sus cualidades y defectos entren en contacto con los de éstos. Para ello, cuando la situación de los padres lo permite, el sistema ideal es, evidentemente, una educación familiar de dos ó tres niños juntos, que pasen temporadas más ó menos prolongadas, como externos, en cualquier escuela. Estas temporadas deben comenzar á los once años, cuando ya el niño ha adquirido buenos hábitos y posee un carácter bosquejado que no se deformará fácilmente...

» Pero en un caso como este de su hijo de usted, me parece tan urgente que cambie de medio, que se divierta, en el sentido estricto de la palabra, que yo no esperaría un día más para buscarle un buen colegio.

— ¡ Pobrecito mío! — murmuró M<sup>ma</sup> Amalia... ¡ Le va á parecer un destierro!...

— Mucho menos de lo que usted cree, señora. Enrique me parece cansado de las gentes que le rodean. Ha respirado un aire intelectual demasiado oxigenado. Las tonterías, las chiquilladas, los golpes, todo el conjunto pueril de sus nuevos compañeros le distenderán. Su hija Silvia es ciertamente de la misma opinión que yo.

— Efectivamente — dijo la joven. — Enrique me habla

muchas veces, con envidia y sentimiento, de los colegiales que ve desfilar por las calles, y hasta de los pilletes que juegan en el arroyo. « Qué suerte tienen de poder estar juntos », estas son sus palabras.

— Nosotros no le permitíamos ninguna sociedad infantil, para no alterar los principios educativos — dijo pensativamente el doctor. — Era, evidentemente, una precaución exagerada.

Juzgando que mi papel debía limitarse á una discreta sugestión, me levanté.

— Tengan en cuenta — dije — que no hago sino someterles un punto para reflexionar. Les señalo la triple ventaja de la educación en común (en forma de externado y sin forzar la dosis) para los niños un poco difíciles: les divierte, forma el carácter y excita la emulación.

— La emulación es inmoral — objetó timidamente M<sup>me</sup> Tasqué. — Es utilizar un vil sentimiento.

— Un sentimiento utilizado para el bien no es jamás un vil sentimiento — repliqué yo —: esta era la opinión de San Agustín. Además — ¡ burlense de mí! — le repito que en educación, soy francamente realista. Se forma mejor á los hombres con pequeñas realidades que con grandes palabras.

Como los tres me acompañaron hasta el recibidor, yo dije al doctor sin conceder importancia á mis palabras.

— Es la semana de las consultas. Nuestro amigo M. de Lespinat me ha escrito desde Berri pidiéndome detalles sobre la carrera diplomática. Su hijo Jorge persiste en dedicarse exclusivamente á la literatura y, sin combatir esta inclinación, el padre querría abrir á su hijo una carrera distinguida.

Los dos Tasqués que sólo pensaban en su « mecha científica » escucharon estas palabras sin manifestar interés; pero el rostro de Silvia se tiñó de un color rosa tan subido, que casi sentí remordimientos de haber sondeado en un corazón de virgen.